

do presentado bajo de diversas formas, y que vamos á examinar brevemente.

Se dice que el siglo de Luis XIV fué tan solo el siglo de la imaginacion. Pero á la verdad, señores, que si con sola la imaginacion se han podido adivinar, como adivinó Pascal, las matemáticas, inventar una filosofía nueva como Descartes, descubrir como Newton un sistema, que aunque no fuese cierto, seria una obra maestra del entendimiento humano: si con sola la imaginacion se han podido formar planes de campaña que mandaban los sucesos y la victoria, como los de Turena; meditar esos célebres reglamentos, fruto de las conferencias tenidas por los Seguiet y los Talon; gobernar como Luis XIV; administrar como Colbert, y fortificar las plazas como Vauban: si con sola la imaginacion se ha podido componer ese *discurso* tan sabio, tan elocuente y tan político que compuso Bossuet *sobre la Historia universal*, ó dar como Fenelon lecciones tan persuasivas á los reyes y á los pueblos: si la imaginacion sola ha sido suficiente á estos grandes ingenios para sus obras ó para sus acciones inmortales, ¡feliz entónces el siglo de la imaginacion! Ojalá que reviva y se perpetúe para siempre entre todas las naciones del mundo: pero ¿quién no advier-

te que todas estas magníficas y grandes cosas que os he recordado suponen en sus autores una razon vigorosa, un espíritu penetrante, mucha sagacidad en sus juicios, y pensamientos profundos que son el mas grande esfuerzo del entendimiento humano?

Se añade que el siglo de Luis XIV fué el siglo de las bellas letras: sea así en hora buena: esta confesion forzada de nuestros adversarios me basta para impugnarlos con buen éxito. Convenís, les diré, en que el imperio de la literatura corresponde al siglo de Luis; esto es todo lo que yo necesito para establecer que por esto mismo fué eminentemente el siglo de la razon. Yo no sé si esta proposicion parecerá extraordinaria á algunos porque desde el reinado de los sofistas, y desde que estos han esparcido un sin número de errores, el sentido comun ha llegado á ser una paradoja. Si, señores, yo sostengo que el siglo de la perfeccion en las letras es necesariamente un siglo de buena filosofía; y en efecto, la perfeccion en aquellas supone siempre un conocimiento profundo de lo honesto y de lo bello, un discernimiento exquisito y muy exacto que penetra las relaciones, el enlace de unas cosas con otras, que desecha lo falso para fijarse solamente en lo verdadero,

y que une todas las partes para formar de ellas un hermoso conjunto, verificándose en todo esta máxima del poeta romano: que la razon es el principio y el origen de lo bello. ¡Qué idea tan extraña se formaria de la elocuencia el que solo la mirase como el miserable talento de arreglar palabras y compasar frases! Es cierto que los pensamientos no brillan sino por la expresion, así como los objetos no se muestran á la vista sino por la luz que los colora; pero tambien palabras sin pensamientos exactos no son mas que un vano ruido que se disipa. El que no sepa establecer principios, presentar con orden sus pruebas, ilustrar el espíritu con luces vivas, ni herirle por medio de conceptos fuertes, podrá muy bien ser un hombre locuaz, pero no será un orador. Un hermoso discurso y un hermoso poema ¿no suponen un plan, una composicion, una union íntima de partes que hacen un todo, y un gran fondo de verdad en los pensamientos y en los caracteres? ¡Qué idea se formaria del talento de escribir el que separase la lógica de la elocuencia, colocando por decirlo así, por un lado las palabras y por otro las cosas? Nada es bueno ni hermoso sino lo verdadero, y por esto el filosofismo del último siglo ni es bueno ni hermoso; y ved aquí tam-

bien por que tantas obras del siglo de Luis XIV estan marcadas con el sello de la inmortalidad.

¿Y de dónde ha podido provenir esa especie de clasificacion de talentos y de facultades, por la que se ha creido deber llamar al siglo de Luis XIV el siglo de la imaginacion, y al siguiente el siglo de la razon? ¡Provendrá esto de habérseles antojado á algunos escritores trazar un cuadro sistemático de los conocimientos humanos, en el que unos se refieran á la memoria, como la historia, y otros á la imaginacion, como la poesia y las artes? Pero no nos deslumbremos por estas distinciones mas sutiles que sólidas, y de las que no solamente diré que son inútiles é incapaces de hacer dar un paso al entendimiento humano, sino que son falsas, y por lo mismo peligrosas. Así pues, en un *sistema figurado* que todo el mundo puede haber visto, se aplica la historia á la memoria; pero ¿hay cosa mas insignificante? Es cierto que con memoria se sabe mucho, y que sin ella nada se sabria; ¿pero bastará la memoria sin el juicio para componer una obra histórica? ¿Escribieron la historia con solo la memoria Tácito, Bossuet y Robertson? ¿Y quién no conoce que sin una crítica sana, sin un grande discernimiento.

de los hombres y de las cosas, en una palabra. sin razon muy ilustrada jamas se haria un escrito superior á escritores vulgares? Se aplica la poesia á la imaginacion; pero la imaginacion separada del buen juicio se asemeja á la locura. ¿Qué mérito tendria una obra en la que las ideas careciesen de exactitud, por mas que se las revistiese de brillantes colores? ¿Han merecido por sola la imaginacion el poeta romano y el poeta frances, mirados como legisladores en la república de las letras, ser llamados los poetas de la razon? Dividir las facultades del alma para asignar á cada una su dominio exclusivo, es ciertamente una invencion mas extravagante que filosófica. Es cierto que un buen juicio sin imaginacion no podrá sacar á un hombre de la clase de mediano; pero tambien lo es que la imaginacion sin juicio es una loca que se precipita. Todas nuestras facultades estan unidas entre sí, y se sostienen mutuamente: de esta armonía y de esta union de fuerzas resulta el talento; y cuando reunidas así llegan á un grado mas elevado, resulta el ingenio. Si yo quisiera presentar bajo de la forma silogística todo lo que acaba de decirse, lo haria asi: la buena filosofía consiste en pensar y racionar bien acerca de los diversos ramos de nuestros conocimientos:

este es un principio evidente; es así que en el siglo de Luis XIV se ha pensado y se ha racionado tan bien como en el siglo siguiente segun hemos demostrado; luego ha habido tanta filosofía en el primero como en el segundo: ya veis que mi conclusion no es nada exagerada.

Séame ahora permitido hacer una suposicion que acaso parecerá singular, pero que voy á aventurar porqué hará mas palpable el resultado, tanto de esta conferencia como de la precedente. Hagamos revivir, y acerquemos á nosotros por medio del pensamiento todas las generaciones desde el renacimiento de las letras, es decir, desde el reinado de Francisco I: pongamos á un lado los ingenios que han impugnado la revelacion, y al otro los que la han defendido de tres siglos á esta parte: yo me figuro ver abiertos dos templos, y que en el frontispicio del uno leo: *Templo de la razon*, y en el del otro, *Templo del cristianismo*.

Entro primero en el llamado de la razon; en él encuentro la incredulidad predicando bajo del nombre de filosofía una moral fácil, que en sustancia no es mas que egoismo y amor al placer, prometiendo á sus sectarios la nada por toda recompensa, ó de tiempo en tiempo no sé

que cosa vaga é incierta: allí veo un grande número de sus discípulos, unos casi ignorados, otros algo mas conocidos, y algunos en fin de mayor reputacion. Fijase mi atencion en estos últimos, y entre ellos veo á Baile teniendo en su mano una pluma, que parece fluctuar en el vacío, y despidiendo á su rededor un humo dea- so mezclado con algunas ráfagas de una luz vi- va: allí veo á Voltaire burlándose y mofándose de todo, riéndose de Dios lo mismo que de los hombres, gloriándose de haber participado de los misterios de la religion sin creer en ella, presentando con una mano títulos que le hacen digno de gloria, y con la otra escritos en que la disolucion sazona sin cesar la blasfemia: de re- pente prorrumpe en imprecaciones contra el cristianismo, y exclama: *Amigos mios, aniquile- mos al infame*; á esta voz de reunion despierta y se reanima toda la turba de adeptos. Diderot, como amante furioso de la libertad, proclama en un language que no me es permitido repetir, que el mundo no será feliz sino cuando no ha- ya sobre la tierra sacerdotes ni reyes. El autor del *Sistema de la naturaleza* explica todos los afectos del corazon, los sentimientos de amor ó de odio por el mecanismo de la atraccion y de la repulsion, y de cuando en cuando dirige á la

naturaleza, al gran todo, á la universalidad de los seres, en fin á una abstraccion, apóstrofes llenos de fuego. D'Alembert saca de debajo de su manto filosófico una correspondencia secre- ta llena de una hiel en extremo grosera, y quie- re que se sepa toda la parte que ha tenido por sus oscuros manejos en la destruccion de las *preocupaciones*. Raynal se alaba con descaro de haber sido apóstata bajo de dos aspectos; hablando del comercio y de sus oficinas, exha- la su impiedad en violentas declamaciones: se calma sin embargo, parece articular la expre- sion del arrepentimiento, y hacer una especie de retractacion pública de su arrebató y de su furia. Cada uno quiere tomar á su vez la pala- bra: todo allí es exponer sistemas acerca de la moral, de la sociedad, de la educacion, de las letras y de las artes; se trata nada ménos que de regenerar al hombre y el órden social todo entero. En medio de este caos de opiniones in- coherentes grita con furor un desconocido: *pue- blos, ¿quereis ser felices? derribad los tronos y los templos*. Entónces un rey del norte, gran guerrero y gran político, favorecedor por largo tiempo de la impiedad, pero que ningun deseo tenia de bajar del trono, lanza á su alrededor una mirada de indignacion, y con rostro ceñu-

do prorrumpo en las siguientes palabras: „Mi „opinión seria enviar á estos señores á gober- „nar una provincia que mereciese ser castiga- „da.” El mismo Juan Santiago, que en otras ocasiones no es ciertamente muy escrupuloso, se escandaliza de oír sistemas tan monstruosos, y exclama: „Huid de esos hombres que siem- „bran en los corazones doctrinas desoladoras.” Advertido por este grito de alarma, echo una mirada sobre todos estos adoradores de la *Ra- zón*, y creyendo ver mercado sobre su frente el sello del orgullo y del cinismo, me retiro con el corazón angustiado de lo que acabo de ver y oír.

En seguida entro en el templo del cristianis- mo (1): en él veo la religión sentada sobre sus altares mostrando con una mano el Evangelio, y ofreciendo con la otra coronas de inmortalidad á los fieles observadores de su ley: allí veo colocados á su rededor una multitud de espíri- tus sublimes que han brillado en Europa de tres siglos á esta parte: entre los filósofos cuento á Bacon, á Descartes, á Mallebranche y Leibnitz;

(1) Habla aquí el autor del cristianismo en general, que comprende á la Iglesia católica, y las demás comuniones disidentes.

entre los eruditos de primer orden á Duperron, á Bochart, á Tillemont, á Petavio, y á Mabil- lon: entre los moralistas á Nicole, y á la Ro- chesfoucault, á la Bruyere, á Bourdaloue, y á Massillon: entre los jurisconsultos profundamen- te instruidos á L'Hopital, á Talon, á Seguier, á Vignon, á Domat, y á d'Aguesseau: entre los apologistas á Grocio, á Pascal, á Abbadie, á Fenelon, y á Addison: entre los sabios á Co- pérnico á Kepler, á Galileo, á Newton, y á Eu- ler; y á todos los veo rodeados del brillo de su ingenio y de sus virtudes. Es cierto que aquí como en todas cosas se muestra la debilidad hu- mana, y que no todos estos ilustres personajes estan acordes acerca de todos los puntos de la doctrina revelada; pero todos lo estan acerca de Dios, de la vida futura, y de la providencia, acerca del vicio, de la virtud y de la moral: to- dos tambien reverencian unánimemente la re- ligión como dada á los hombres por Dios mis- mo, y todos honran y predicán públicamente todo lo que es bueno, todo lo que es honesto, lo que puede alentar la virtud, consolar la desgra- cia, purificar los afectos legítimos, consagrar las obligaciones domésticas y civiles, y hacer amar á Dios y á los hombres. Si fiado en mis débiles luces quisiese declararme contra el cris-

tianismo, Bacon me advierte que poca ciencia hace incrédulos, pero que mucha conduce á la religion. Si quisiese adormecerme en una cómoda indiferencia, Pascal me dice que nos es permitido no inquietarnos por el sistema de Copérnico pero que nos interesa mucho vivir convencidos de la inmortalidad de nuestra alma, lo cual debe ser el principio que dirija nuestras acciones y nuestros sentimientos. Si me sintiese arrastrar á la incredulidad por la autoridad de algunos ingenios incrédulos, Massillon me hace observar que las pasiones son la cuna de la incredulidad; que no se sacude el yugo de la fe sino para sacudir el yugo del deber, y que si la religion no hubiera sido enemiga del desarreglo y del vicio, jamas hubiera tenido enemigos; pero he aquí que tomando la palabra el primero de todos por su ingenio en tan augusta asamblea, levanta su voz contra esos temerarios que creen vigor de su razon lo que no es más que delirio, y que se creen libres porque su espíritu carece ya de freno. En efecto Bossuet les dice que, no tienen en que fundar la esperanza de esa nada á que aspiran despues de esta vida, y que ni aun tendrán este miserable recurso; que con sus dudas é incertidumbres se precipitan en los abismos del ateismo, y que en vano buscan

su reposo en un furor de que apenas son susceptibles las almas; que es mas difícil sostener los absurdos en que caen negando la religion, que las verdades cuya profundidad los asombra; y que por no querer creer misterios incomprensibles caen de uno en otro en errores incomprensibles. ¿Y cómo es posible que deje de causarme impresion la fe de tantos grandes hombres? ¡Qué armonía en efecto y qué fuerza de testimonios! Al verlos humillarse ante la religion, ante aquel que es el Salvador del mundo, me siento arrastrado á mezclar mis adoraciones con sus homenajes, y me digo á mí mismo: A la verdad si es preciso decidirse en favor ó en contra de la religion, por la autoridad de los que la han profesado, ó de los que la han impugnado, no tengo en que vacilar: léjos de mí la incredulidad, gloria á Jesucristo, soy cristiano.

DISCURSO

SOBRE

LA NECESIDAD DE LA RELIGION

PARA LA FELICIDAD PUBLICA,

PRONUNCIADO DELANTE DE LA ACADEMIA FRANCESA,
EL DIA DE LA FESTIVIDAD DE SAN LUIS, A 25
DE AGOSTO DE 1817.

*Pietas ad omnia utilis est, promissionem
habens vitæ quæ nunc est, et futuræ.*

La virtud sirve para todo, como que trae consigo la promesa de la vida presente y de la futura. I. Tim. cap. IV. v. 6.

Si en algun rey de la tierra se han verificado alguna vez estas palabras del Apóstol, es cierta- te, señores, en aquel cuya memoria celebra- mos en este dia; en aquel rey que arreglan- do siempre su política por su religion llegó á ser

SOBRE LA NECESIDAD DE LA RELIGION. 135

tanto mas grande entre los hombres cuanto fué mas santo delante de Dios, y que de este modo supo hallar en su misma piedad el origen de la gloria, tanto en la vida presente como en la futura. *Pietas ad omnia utilis est, promissionem habens vitæ quæ nunc est, et futuræ.* Nombrar pues á S. Luis es recordaros cuanto puede haber de mas augusto, quiero decir, el talento y la virtud sentados juntos para bien de la humanidad en uno de los mas hermosos tronos del universo.

Sencillo en sus gustos, magnífico por digni- dad, humilde á los pies de los altares, pero terrible en los combates; dulce y accesible en el comercio de la vida, pero inmutable en sus designios, reunió en su persona las cualidades mas contrarias en la apariencia; y he aquí lo que segun la expresion de un histo- riador le constituye uno de los hombres mas grandes y mas singulares que haya habido ja- mas. Prodigio de luces y de sabiduría para el siglo en que vivió, llegó á ser el árbitro de los príncipes de su tiempo, así como era su mode- lo; legislador lleno de prevision echó por medio de sus leyes los cimientos de la verdadera libertad de los pueblos, así como de la verdade- ra grandeza de los herederos do su trono; celo-
»